
2009

Soltando Nudos

Moisés A. Rosario

Follow this and additional works at: <https://via.library.depaul.edu/dialogo>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Rosario, Moisés A. (2009) "Soltando Nudos," *Diálogo*: Vol. 12 : No. 1 , Article 14.

Available at: <https://via.library.depaul.edu/dialogo/vol12/iss1/14>

This Rincón Creativo is brought to you for free and open access by the Center for Latino Research at Via Sapientiae. It has been accepted for inclusion in *Diálogo* by an authorized editor of Via Sapientiae. For more information, please contact digitalservices@depaul.edu.

Soltando Nudos

Cover Page Footnote

This article is from an earlier iteration of *Diálogo* which had the subtitle "A Bilingual Journal." The publication is now titled "Diálogo: An Interdisciplinary Studies Journal."

SOLTANDO NUDOS

Moisés Agosto Rosario
Puerto Rico

Con la bandeja en la mano, di una mirada panorámica de 360 grados. Los kioscos de comida llenaban el espacio de olores comestibles. Todos atendiendo docenas de personas en fila, hambrientas de una cosa o la otra. No parecía haber lugar donde sentarme. Las mesas metálicas de color gris y sillas verde se encontraban atestadas de gente, moviendo la boca al son del hambre que traían. Buscando una mesa donde sentarme, en la terraza de Plaza las Américas, sentí que unos ojos me seguían. Encontré un asiento, y al comenzar a comer, un joven de piel blanca se acercó con timidez.

-Hola y perdone que lo moleste. ¿Le importa si conversamos un rato?

-Por supuesto que no, si no te importa que me coma la pizza mientras hablamos. Siéntate.

Era joven. Tendría cerca de diecisiete años. Sus ojos parpadeaban ligero en intervalos de tiempo. Su quijada tocaba el final de su cuello sin mostrar sus pupilas, parecía tener miedo.

-¿Cómo estás? -le dije para romper el hielo.

-Bien, ¿Y usted? ¿Cómo ha pasado el día?

-Muy bien, gracias.

Alzó su cabeza y sonrió. Lo miré fijamente, tenía toda mi atención a pesar del bullicio, la cantidad de gente a nuestro alrededor. Su rostro, un poco maltratado por el acné, con parchos de vellos suaves esparcidos por sus mejillas, delataba su juventud. El bigote, nunca afeitado, me enterneció. Su mirada parecía aturrida, y sus ojos de color marrón, se veían apagados. Tenía labios gruesos, secos, con cáscaras de piel muerta colgándole de ellos. Me fijé en su brazo izquierdo, tenía un leve moretón y la mejilla roja como si le hubiesen dado un bofetón. Le ofrecí un pedazo de pizza pero me lo negó y nuevamente dijo que deseaba conversar.

-¿De qué quieres hablar?

-Bueno, usted sabe, no sé. Yo espero no estar molestándolo. ¿No está molesto conmigo por querer conversar?

-En lo absoluto. Al contrario, me gusta la idea.

Noté que su parpadeo ligero sucedía cada vez que hablaba. Sus palabras salían con trabajo gagueando un poco.

-Yo, yo, yo estaba caminando por ahí desde tem, temprano y no, no encuentro nadie con quien conversar. ¿Usted ve allí, aquel mu, mu, muchacho? Me miró mal cuando le pregunté si quería

conversar.

Yo, yo, yo no, no quiero molestarlo a usted. Estoy solo y me siento un, un po, po, poco triste. La gente me trata mal.

-Coño, que pena, si conversar no cuesta nada. Dime, ¿de dónde eres?

-Soy de San José, ¿y usted?

-Yo vivo en Santurce, pero me crié en San José.

Alzó una ceja y me miró de reojo. Me vió sonreír y finalmente el parpadeo se calmó.

-¿Vives con tus papás?

-Sí.

-¿Qué haces? ¿Vas a la escuela?

-No, no, no, pero me gusta dibujar. Oiga, ¿le molesta si le hago una pregunta? Verdad, quiero saber y aprender de usted, verdad por eso quiero conversar. No se molesta ¿verdad? Una preguntita, si me lo permite, pues, como usted sabe, yo no, no lo conozco y usted se ve buena gente pero no lo quiero molestar ¿me entiende?

Mientras formulaba su pregunta, entre disculpa y disculpa, le miré las manos. Eran de niño, con dedos delgados y uñas sucias. Uno que otro rasguño pero en general, no eran manos de deambulante o persona desequilibrada. Me dio la impresión de algún grado de retardación, quizás, esa era la razón para su dificultad del habla y su excesiva, casi obsesiva, manera de pedir perdón. Más aún, me parecía un buen muchacho. Su sonrisa era genuina y luego de un rato no me volvió a bajar su mirada.

-¿Cómo se suelta un nudo? Usted sabe, cualquier nudo. Así, que tenga que hacer un nudo y después por esas cosas que pasan quiera soltarlo, ¿ve?, ¿ve lo que le digo?, si verdad no se moleste. Pero ¿cómo se suelta un nudo?

Su pregunta me pareció peculiar, pero para ser más sincero, me preocupó. Era claro que a este joven algo lo aturdió. Su acercamiento era casi un llamado de auxilio. Sin embargo, algo más había detrás de esa pregunta.

-¿Por qué un nudo? Existen muchos tipos de nudos para diferentes cosas- alzé mis zapatos y le mostré el nudo de los gabinetes. - Por ejemplo, este nudo lo suelto con tan sólo tirar de este lado suelto. Es muy fácil volverlo a hacer. ¿Ves que sencillo?

-Ah sí, ese nudo. Pero otro, verdad, uno más complicado pero que yo pueda soltarlo si me arrepiento ¿entiende?

-Ya veo- pensé e hice cientos de conjeturas tratando de leer entre líneas qué era lo que este joven, en realidad, trataba de decirme.

-¿Cómo se llama? Yo, yo me llamo Eduardo.

-Me llamo Rafael- me sonreí con él. Esta vez, su sonrisa me llegó directita al pecho, con ella sus ojos brillaron y su gaguear comenzó a dar paso a un joven menos asustado, hasta cierto grado, con un interés en mí que me era familiar. Me recordaba mis años de adolescencia tardía. Este joven, con esa sonrisa y esa nueva mirada, comenzaba a decir, lo que mucho tiempo atrás le dije a los hombres mayores que yo, quienes, con sus manos sobre sus muslos, me miraban en la entrada de los baños públicos, en los pasillos de la universidad, en Plaza las Américas, donde precisamente conversaba como el hombre mayor. Me dí cuenta que aunque reconocía el acercamiento, esta vez era el joven quien se acercaba. Los tiempos habían cambiado, por primera vez me percaté que no hay que ser depredador en estos días, son los cachoros quienes buscan a la presa.

Pasó media hora. La conversación continuaba en círculos. Aprendí que este joven llamado Eduardo se crió en mi mismo barrio. También supe que su padre trabajaba como oficinista en el centro de diagnóstico y tratamiento de San José; mi madre también lo hizo por muchos años. Su mamá era secretaria graduada del programa de secretarial de la escuela superior Juan Ponce de León, donde me gradué de cuarto año, siendo ahora secretaria en la Universidad Metropolitana. Era hijo único. Según Eduardo, sus padres no eran afectivos y eso le dolía, no lo podía entender. En mi caso fue igual, sin embargo, mis veinte años de ventaja, me permitieron ver que aunque el amor no se expresó en abrazos y palmadas en el hombro, siempre existió. Simple y sencillamente la sobrevivencia en San José no les daba el tiempo, la energía, ni los deseos de expresar ese amor. Aunque podamos pensar que esto es otro caso de retraso mental en la barriada, su sonrisa, su necesidad de conversar, era tan humana, normal y común, como todas las que sentimos en la piel y el corazón.

Eduardo leía, dibujaba y montaba cosas. Era un joven de talentos manuales. Construyó y talló una mesa para el comedor del hogar. La lijó y barnizó con la esperanza de verse comiendo junto con sus padres. Pero la mesa en el comedor de su casa estaba tan sola como él en el comedor de la terraza en Plaza las Américas.

-Oye, ¿te puedo decir algo? Pero no se lo digas a mis padres, ni a nadie. Somos amigos ¿verdad? Tú y yo ya conversamos, sabemos nuestros nombres, ¿te puedo decir un secreto?

-Claro dime, no se lo diré a nadie -contesté de manera muy atenta con mis ojos pegados a los de él. No le tomé las manos porque comencé a ponerme nervioso.

-No entendí lo del nudo. ¿Cómo se suelta un nudo? Sabes, por si acaso hago uno y después lo quiero soltar.

-¿Cuál es el secreto?

-Ah sí, pero dime lo del nudo primero.

Volví a desamarrarme los zapatos y a hacer un nuevo nudo para soltarlo. No sabía si ese era el tipo que quería aprender, pero con eso lo calmé.

-¿Te puedo decir un secreto? Es algo que me acaba de pasar. Pero no se lo digas a mis padres.

-Anda, dímelo. ¿Qué te acaba de pasar?

-Verdad, pues, ¿ves estos moretones?, un tipo en el baño del primer piso me dio un puño, ¿te lo puedo contar?, verdad, si pues somos amigos.

Mi nerviosismo desapareció de inmediato. Supe lo que le sucedió a Eduardo, por qué un tipo le pegó, esta vez le tomé las manos, le dí un breve apretón y le dije:

-Dime sin miedo. ¿Qué te sucedió?

-¿Tú no discriminas?, verdad, pues, si yo no discrimino a nadie, ni por religión, sexo o tú sabes, ¿cómo es? orientación sexual.

-No, nunca discrimino. Siéntete en confianza conmigo.

-Pero, verdad, sí, pues tú no me vas a pegar. Es que la gente es tan violenta aquí, tú, verdad, sabes cómo es San José a veces. Pero si es en público. Ves, se me olvidó el nudo. Pero no si a veces me invitan a sus casas. Pero, cierran las ventanas. ¿Te puedo decir? ¿De verdad?

-Sí, Eduardo, dímelo. No hay ningún problema.

-Pues, verdad un hombre me ofreció favores sexuales, ¿ve?, ah no te dije. Perdón, no sé si te vas a enojar. A mí me gustan los hombres, pero no me des pana, tú eres mi amigo, verdad, pues, me di cuenta a los doce años, pero eso pues y dejé al tipo, verdad. Oye y ¿tú estás molesto? ¿qué te gusta?

-Tranquilo, también me gustan los hombres.

Me miró con alivio y sonrió.

-Me gusta conversar contigo. Sí, verdad que no se me olvide lo que aprendí de ti hoy. Los nudos, cómo soltarlos. Me abofeteó el tipo que entró al baño y llamó a seguridad. Ves, pues este moretón fue con la macana. Oye, ¿me llevas a casa? caminé desde San José y estoy cansado.

Miró toda la terraza con la pupila angosta dando un giro de 360 grados. Un guardia de seguridad se acercó. Dos jóvenes se sentaron a nuestro lado. Eduardo se calló. Aunque hubiese querido seguir conversando, sus labios le temblaban. Se agarró la cabeza y se dio contra la mesa tan fuerte que llamó la atención de todos.

-Señor, ¿este joven lo molesta?

-No, todo está bien. Bajo control. Este es mi sobrino. Me lo acabo de encontrar. ¿Algún problema?

Antes de que el guardia pudiese contestar, Eduardo salió corriendo. El agente rápido se agarró la macana y se preparó a seguirlo. Lo detuve.

-Mi sobrino es un poco retardado. Yo lo busco ahora.

-Sí, pero dígame que tenga cuidado. Usted sabe que es medio

maricón. Digo, usted perdone, pero lo acabo de sacar del baño. Usted sabe.

Traté de disculpar a Eduardo, darle tiempo para que huyera, sin embargo, mientras le pasaba mi tarjeta al agente, los otros jóvenes con sus bandanas en la cabeza y con sus puños maltratando sus manos sueltas, seguían a mi amigo el conversador, haciendo señas a otros, quienes se paraban de sus mesas y caminaban con prisa siguiendo los pasos de Eduardo. Intenté seguirlo y el agente me tomó del brazo y me preguntó: ¿Podemos conversar?

MOISÉS AGOSTO ROSARIO es un escritor y activista en la lucha contra el VIH/SIDA. Ha trabajado mas de veinte años en el movimiento para la prevención del VIH/SIDA. Obtuvo el grado de bachiller en artes de la Universidad de Puerto Rico en 1988. Es miembro de la Generación de Poetas de los Ochenta en PR. Ha publicado poemas y cuentos en diferentes revistas literarias, entre éstas *Contornos*, *Revista Cupey*, *Revista Hostosiana* y en la sección *En Rojo* del periódico *Claridad*, entre otras publicaciones. Su poesía aparece en las antologías *Mal(h)ab(l)lar* y *PoeSIDA*, también en la página de Internet *Poetas del Mundo*. *Nocturno y otros desamparos (Spanish Edition)* es uno de sus libros recientes. *Nocturno y otros desamparos* es una colección de doce cuentos en los que el autor explora la sexualidad, la vida nocturna y sus protagonistas, el amor, el desasosiego, la enfermedad, el cuerpo, y por supuesto, la soledad y el abandono como bien sugiere su título.
To contact: moisesagosto@yahoo.com

